



Lectio divina semana agustiniana 2025

Evangelio: Lucas 10,38-42

En aquel tiempo, según iban de camino, Jesús entró en una aldea, y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa. Tenía Marta una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. Marta, en cambio, estaba atareada con los muchos quehaceres del servicio. Entonces Marta se acercó a Jesús y le dijo:

- Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea? Dile que me ayude. Pero el Señor le contestó:

-Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas, cuando en realidad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la quitará.

Comentario del texto:

Llega Jesús a Betania y es recibido por las dos hermanas, Marta y María (no se habla de su hermano Lázaro). Fue Marta la primera que *«lo recibió en su casa»* (v. 38). María le brindó la acogida de su escucha: *«Sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra»* (v. 39). Diríase que Jesús gozó de una acogida completa y armoniosa: Marta se cuida del aspecto material y María del espiritual; una hace los honores de la casa y otra exalta al Maestro tomando la posición de discípula (cf. Hch 22,3). Jesús la honra con un gesto original, porque se entretiene instruyendo a una mujer.

El equilibrio se rompe cuando Marta, que anda sobrecargada con un servicio «a lo grande», se acerca a Jesús y le dirige unas palabras que manifiestan mal humor hacia su hermana - me ha dejado *«sola en la tarea»*- y una confidencia un tanto descortés con el huésped, llegando casi al reproche: *«Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en la tarea?»* (v. 40). Para Marta, la acogida





parece reducirse al plano material. María debería echarle una mano, en vez de estar pendiente de los labios del Maestro. El mismo huésped debería transmitirle la orden de ir a trabajar para él, y él debería ocuparse únicamente de esperar la comida. Jesús, que hasta ese momento ha instruido a María, le da ahora una lección a Marta. La reprende con afecto: «*Marta, Marta*», y le hace ver que ha elegido mal, prefiriendo preocuparse «*por muchas cosas*» en vez de por la única cosa que «*es necesaria*» (w. 41ss). Alaba, en cambio, a María, por haber elegido *la mejor parte*» (v. 42).



MEDITATIO



Este año tenemos como lema “somos comunidad”. Ese recuerdo constante de que o estamos solos en el camino de la vida, sino que caminamos con otros, vencemos el individualismo y la soledad con esa llamada que resuena en lo profundo de nuestro ser.

Hoy se nos presenta este pasaje de Marta y María, quienes reciben en su casa a Jesús. Es un relato de hospitalidad. Jesús, como buen invitado, les ofrece el don de su Palabra, pero este no es recibido igual por las dos mujeres.

Recibir al Señor Jesús en nuestra casa no significa solo prestarle muchos servicios, sino también - antes que nada- dejarle hablar y recibir el don de su Palabra. Esta misma hospitalidad tiene que ser ofrecida a los demás en nombre de Jesús, con quienes se identifican con Él: «*Fui forastero y me hospedasteis*» (Mt 25,35), «*No olvidéis la hospitalidad*» (Heb 13,2). Hay que dar la oportunidad no solo de dar, sino también de recibir.

Podemos preguntarnos: ¿Qué nos está diciendo hoy el Evangelio sobre nuestras propias comunidades? ¿Qué ocasiones tenemos? Las dos hermanas han sido consideradas como dos tipos de vida: activa y contemplativa. Quizás la invitación de hoy no sea solo a equilibrar acción y contemplación, sino también a que nuestras comunidades mismas sean un espacio de



hospitalidad, abiertas y auténticas. Que quien llegue pueda sentirse acogido, como Jesús en Betania, y que encuentre no solo servicio generoso, sino también escucha profunda. Tal vez ahí se juega hoy nuestra vocación: ser comunidades más abiertas, acogedoras y auténticas, donde Marta y María sigan viviendo juntas en un mismo espíritu de servicio y de amistad con el Señor.

ORATIO

Gracias, Señor Jesús, por venir a visitarnos. Gracias porque has puesto en mí esa disposición a la escucha, igual que María. Gracias por entregarme tu palabra, que me nutre y acompaña.

Te pido perdón, Señor, por las posibles faltas de generosidad o por no haber tratado al hermano como una persona que debe ser acogida con benevolencia cordial. ¿Cómo recibimos nosotros al Señor, que se hace presente a través de su palabra, en la eucaristía y en los hermanos?

La vida del cristiano es esta constante lucha entre hacer y escuchar, el activismo en el que a veces caemos, y la contemplación del que es la Vida.

Invoca, pues al Espíritu Santo para que te alumbre, "dulce huésped del alma", para que te haga capaz de acoger. O haz una acción de gracias si, como María, has sabido acoger la Palabra.



CONTEMPLATIO

Elevemos nuestra mirada a Dios para captar en él la plenitud de esa hospitalidad sobre la que hemos meditado en este episodio. La hospitalidad es una dimensión fundamental de la revelación bíblica. Nos invita a abrir la mirada y el corazón frente a toda persona: «Acogeos los unos a los otros, como Cristo os acogió a vosotros» (Rom 15,7). El horizonte se ensancha después. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo desean habitar en cada bautizado: «Vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14,23). Esta acogida y hospitalidad, ¿no es acaso la que nos manda san Agustín para tener con nuestros hermanos? Una hospitalidad que nos permita acoger al otro, escucharlo y crear un diálogo que nos permitan avanzar juntos en un solo camino; vivir el uno en el otro teniendo una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios (Regla San Agustín 3).

Así hacían algunos santos, vivían en la contemplación de sus huéspedes, mirando hacia el futuro celestial, donde la ciudad celeste será habitada por



huéspedes de toda procedencia: *«Apareció una multitud inmensa, de toda nación, raza, pueblo y lengua»* (Ap 7,9).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Marta, Marta, andas inquieta y preocupada por muchas cosas» (Lc 10,41).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Por tanto, amadísimos, veis y –así me parece– comprendéis ya lo simbolizado en estas dos mujeres, ambas gratas al Señor, ambas dignas de su amor, ambas discípulas suyas; lo veis y los que lo comprendéis advertís que se trata de algo grandioso que debéis oír y conocer: en estas dos mujeres están figuradas dos vidas, la presente y la futura; una laboriosa y otra descansada; una calamitosa y otra dichosa; una temporal y otra eterna. Dos son las vidas que os he descrito con la brevedad que he podido: ahora vosotros reflexionad sin prisas sobre ellas. En cuanto os sea posible, examinad lo que tiene esta vida –no hablo de una vida mala, depravada, criminal, derrochadora, impía, sino de una trabajosa, llena de sinsabores, castigada por temores, agitada por tentaciones; me refiero a esa vida de inocencia que llevaba Marta–, y, como he dicho, reflexionad sobre ella más detenidamente. Una vida depravada estaba lejos de aquella casa; no se hallaba ni en Marta ni en María y, si alguna vez existió, se ahuyentó con la llegada del Señor. En la casa que había acogido al Señor quedaron, pues, dos vidas representadas en las dos mujeres: ambas inocentes, ambas dignas de alabanza; una trabajosa, otra holgada, ninguna dañina, ninguna perezosa.

Repito: ambas inocentes, ambas dignas de encomio; sin embargo, como indiqué, una trabajosa y otra holgada. Ninguna dañina –de lo que ha de guardarse la trabajosa–, ninguna perezosa –de lo que ha de precaverse la holgada–. Por tanto, en aquella casa coexistían estas dos vidas y la *fuentes* misma *de la vida*. Marta era imagen de las realidades presentes; María de las futuras. Lo que hacía Marta: ahí estamos nosotros; lo que hacía María: eso esperamos. Hagamos bien ahora lo primero, para conseguir en plenitud lo segundo. Pero, mientras estamos aquí, ¿qué tenemos de allí, en qué medida lo tenemos? ¿Cuánto es lo que tenemos de allí? En efecto, también ahora hacemos algo propio de allí. Habiendo dejado de lado los asuntos humanos,



aparcando los cuidados familiares, os habéis congregado aquí, os mantenéis en pie, escucháis; en la medida en que hacéis esto, os asemejáis a María. Y más fácilmente representáis vosotros el papel de María que yo el de Cristo. Con todo, si yo os digo algo propio de Cristo, os alimenta precisamente por ser de Cristo, pan común del que vivo yo también, si es que vivo. Pues *ahora vivimos, hermanos, si vosotros os mantenéis firmes en el Señor; no en vosotros, sino en el Señor. Ya que ni el que planta es algo, ni el que riega, pues quien da el incremento es Dios* (San Agustín, Sermón 104,4).